

ESPAÑA SIGLO XX

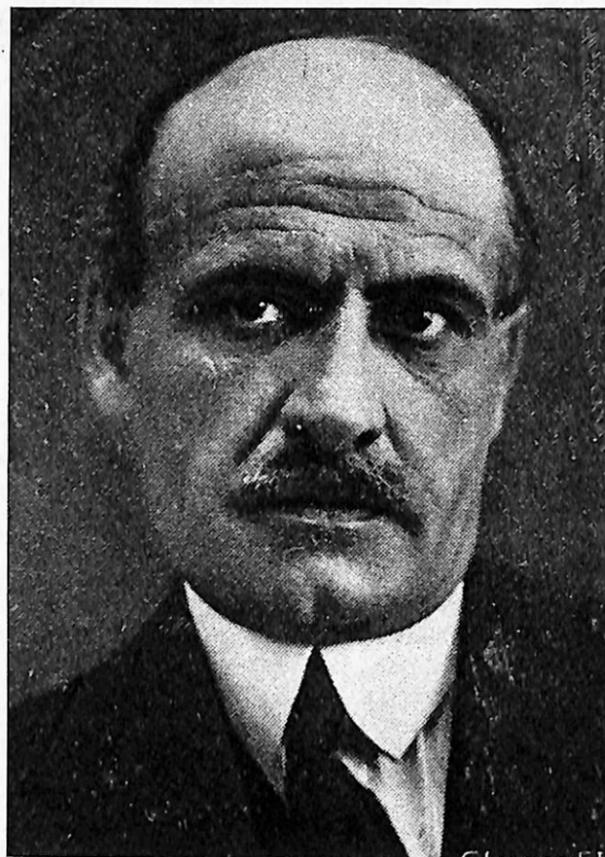
CAPITULO CCLXXXVII

“UN DOCUMENTO TRASCENDENTAL”

● Pasadas las Navidades de 1930 se entra en una etapa definitiva para el futuro del país, pues, poco a poco, se empieza a crear una bipolarización política de trágicas consecuencias para los españoles. Al clima de tensión que había creado la presidencia del Comité Revolucionario en la Cárcel Modelo, Comité que recibía un gran número de adhesiones, se añade el manifiesto que, dirigido a los intelectuales, profesionales y militares, galvanizó a la opinión pública: «Al servicio de la República» era el título y estaba firmado por José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala.

● Una niña de seis años, Alicia de Larrocha, destaca ya este año de 1931 como una artista extraordinaria en los ambientes musicales. A raíz de una actuación suya en el Palacio de la Música de Barcelona, cobró su caso una gran publicidad: «Es la perfecta criatura —dice Franck Marshall, su profesor—, le divierten los juegos típicos de todas las niñas. No hay que forzarla. Ni lo necesita. Alicia sólo da clases un día a la semana y sólo durante tres cuartos de hora».

● Federico García Lorca gozaba ya de una merecida fama en esta época. El año 1931 estrena García Lorca «La zapatera prodigiosa», que obtuvo un rotundo éxito al ponerse de manifiesto la veta popular de nuestro poeta. El estreno lo realizó Margarita Xirgu junto a su compañía teatral.



Don José Ortega y Gasset, que firma, con el doctor Marañón y el novelista Pérez de Ayala, el polémico manifiesto político contra el Régimen.

EL año 1931, que ha de ser muy importante para la Historia de España, se inicia con los peores augurios para el Régimen. Los encarcelados en la Modelo no cesan de recibir adhesiones, el orden público se vuelve a alterar en diversas localidades del país y son muy mal recibidas por una buena parte de la opinión las conclusiones del fiscal en el sumario que se instruye a los miembros del Comité Revolucionario. Por si fuera poco, el día 10 de febrero se hace público un manifiesto que firman nada más ni nada menos que Ortega, Marañón y Pérez de Ayala, bajo el rótulo «Al servicio de la República». El documento, que entraña un llamamiento a la intelectualidad, resulta decisivo en orden a la recluta de estudiantes, profesores, periodistas, escritores, abogados, médicos, ingenieros o artistas.

«No hemos sido nunca hombres políticos —dicen los firmantes—, pero nos hemos presentado en las filas de la contienda pública siempre que el tamaño del peligro lo hacía inexcusable. Ahora son superlativas la urgencia y la gravedad de la circunstancia. Esto, y no pretensión alguna de entender mejor que cualesquiera otros españoles los asuntos nacionales, nos mueve a iniciar con máxima actividad una amplia campaña política. Debieran ser personas mejor



Alicia de Larrocha, la extraordinaria pianista de seis años.

dotadas que nosotros para empresas de esta índole quienes iniciasen y dirigiesen la labor. Pero hemos esperado en vano su llamamiento y, como el caso no permite demora ni evasiva, nos vemos forzados a hacerlo nosotros, muy a sabiendas de nuestras limitaciones.»

«El Estado español llega ahora al grado postrero de su descomposición. No procede ésta de que encontrase frente a sí la hostilidad de fuerzas poderosas, sino que sucumbe corrompido por sus propios vicios sustantivos...» Opinan Ortega, Marañón y Pérez de Ayala que ese Estado tiene que ser reemplazado por



Los señores de Larrocha, con su hija Alicia.

otro auténticamente «nacional», entendiéndolo por «nacional» una manera de comprender la vida pública; un pueblo es una «empresa histórica» que sólo puede sostenerse por la colaboración voluntaria, y no impuesta, de los ciudadanos... Para ello, el país ha de experimentar una transformación de acuerdo con las necesidades técnicas, económicas y culturales de nuestro tiempo, lo que no ha de lograrse sin un Estado que, «por la amplitud de su base jurídica y administrativa, permita a todos los ciudadanos solidarizarse con él y participar en la alta gestión». «Es necesario para este logro —opinan los firmantes— rendir al Régimen por medio de una fuerte presión de la opinión pública.» «Esta es la labor ingente —escriben— que el momento reclama. Nosotros nos ponemos a su servicio. No se trata de formar un partido político. No es razón de partir, sino de unificar. Nos proponemos suscitar una amplísima **agrupación al servicio de la República** que tratará de movilizar a todos los intelectuales, con los que actuará sobre el resto del cuerpo nacional para preparar las elecciones que se lleven a cabo con la máxima garantía de limpieza, a fin de llegar a la creación de un nuevo Estado republicano que despierte a nuestro pueblo a una existencia más enérgica...» «La República —terminan diciendo— será el símbolo de que los españoles han resuelto por fin tomar briosamente en sus manos su propio e intrasferible destino.»

El manifiesto organizó, como es natural, un gran revuelo. La prensa tomó partido, y los comentarios duraron mucho tiempo. Gran número de los intelectuales españoles convocados por Ortega, Marañón y Ayala se unieron al movimiento que había de abatir al Trono unos meses más tarde.

UNA NIÑA PIANISTA LLAMADA ALICIA DE LARROCHA

El semanario «Estampa», correspondiente a una de las primeras semanas del año, destaca la figura entrañable de una niña que es ya una artista extraordinaria a los seis años. Se llama Alicia de Larrocha. Los que la han escuchado en una reciente aparición en el Palacio de la Música Catalana, dicen que «se desenvolvía ante el piano, no como una autómatas perfectamente aleccionada, sino alegre y resuelta, y con una personalidad extraordinaria...». Escribe Félix Centeno —autor del reportaje que incluye «Estampa»— que «cuando terminaba cada obra (y tocó diez) la sala le aplaudía con entusiasmo. Y ella daba las gracias muy contenta, porque sabía que cuando terminase, sus admiradores, como siempre, le iban a regalar muchos bombones». El periodista habla con Franck Marshall, profesor de la chiquilla, que describe con entusiasmo a su alumna: «Es la perfecta criatura —dice—: le divierten las muñecas, las cazuelitas y las cocinas de juguete. No hay que fatigarla ni forzarla. No lo necesita, ni me prestaría yo a ello. Alicia no da clase más que un día a la semana y sólo durante media hora o tres cuartos. Además, una

Alicia con su profesor, Franck Marshall.



clase especial, para ella sola. El método pedagógico es el de la persona mayor que juega con ella "a tocar el piano". Nada de enseñanza pura. La enseño jugando, riendo, charlando. Ella, con una intuición que asombra, lo comprende todo, y en una sesión aprende



Alicia juega con sus hermanitos. El señor De Larrocha les ha mandado construir una casa al tamaño de los pequenuelos. Tiene una cocina y un comedor con todos los detalles.

a interpretar una obra...» Sus padres son, a juicio de Centeno, unos auténticos «padrazos». Su progenitor, don Eduardo de Larrocha, le ha hecho construir dentro de su casa «una segunda casa en miniatura» para que se divierta con sus hermanitos. Tiene su cocina, su comedor... Allí es feliz Alicia; allí, y frente a su piano, ese piano al que se acercó a los tres años manifestando desde entonces una irresistible vocación musical. Ante esta inclinación, sus padres decidieron llevarla a Marshall para que la conociera, y el profesor quedó admirado de la facilidad, del talento

6 - CCLXXXVII

y de la intuición artística de Alicia. Al año de comenzar sus estudios —tenía sólo cuatro— ya interpretaba a la perfección a Beethoven, Bach o Mozart. Y ofreció un concierto que fue el asombro de todos.

«LA ZAPATERA PRODIGIOSA»

Alicia declara solemnemente que el compositor que más le gusta es Mozart, «porque —dice— es el más dulce...».

La actualidad teatral madrileña de comienzos del año 1931 registra la reseña del estreno de una obra del joven poeta granadino Federico García Lorca. «García Lorca —dice la prensa—, poeta de inspiración popular, de tono muy épico en otras comedias, ha cambiado de tonalidad para escribir "La zapatera prodigiosa"; pero sigue siendo, y aún más que otras veces, ante todo y sobre todo, el poeta popular que hace comedias como hace romances, y da a esa comedia un agreste saborcillo a romance que viene del pueblo y vuelve al pueblo.»

La obra fue muy aplaudida, y muchos se extrañaron de que fuese presentada con el rótulo de teatro experimental, siendo así que la obra es un vehículo que puede llevar a todos el pensamiento y el mensaje de Federico, sin que necesiten sus destinatarios formar en los selectos cuadros de la «élite» intelectual. Margarita Xirgu y su compañía hicieron del título una verdadera creación que permanecerá durante mucho tiempo en la mente y en el corazón de los espectadores.

CCLXXXVII - 7